Escritura y Pensamiento
23(50), 2024, 285-288

Boris Espezúa Salmón. *Ajayu del fuego y los abismos*. Lima: Pakarina Ediciones, 2023, 196 pp.

Roberto Salazar Solano

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú
roberto.salazar3@unmsm.edu.pe
ORCID: 0000-0002-7723-3393

¿A un centímetro del vacío podemos alcanzar
la altura del aire?

Boris Espezúa

Existe aún, en las sociedades andinas, una relación originaria, donde se habla con los espíritus. Un espacio permanente de convivencia metafísica. Un sistema espiritual donde se entretejen múltiples hálitos de energías fluctuantes, siempre latentes. Voces inagotables y eternas que resuenan en potencia de un todo constituyendo espíritu, donde el hombre —muchas veces— es tímida repercusión. Frecuencias que en secuela establecen la moción de un mundo inaprensible al hombre, si no se está especificado en sus signos o amarrado a su alma. Dejando la sola representación cósmica de esa verdad secular a la "radicalidad de la semilla genésica a la que se ha dado el nominativo de alma" (Churata, 1971, p. 23). Es esa semilla que dota de inmortalidad al hombre para hablar en la lengua de sus ancestros.

Asentir el sentido genésico de alma o "ajayu" se refrenda en pensar en las difusiones divinas que hacen voces y resuenan en nosotros. Indagando permanentemente en las continuaciones o susurros que nos vienen del pasado para representar esa conjunción gradual del espíritu-cuerpo. Son recurrencias de la

cosmológica aymara. Polisemia oriunda que Boris Espezúa Salmón (Puno, Perú, 1960), Premio Copé de Oro de la XIV Bienal de Poesía, suma a los trastes vitales de su poética: *Tránsito de amautas y otros poemas* (1990), *Alma del pez herido* (1998), *Gamaliel y el oráculo del agua* (2010), y *Máscaras en el aire Candelaria: fe y fuego* (2015). Una conjunción perenne de lo abstracto anterior y lo material presente. Así, también, trasunta *Ajayu del fuego y los abismos*, recorriendo las categorías del mito aymara del alma. Triangulando en sus secciones el principio vital-extensivo que se sobrepone a la muerte.

En su sección inicial, "Hojas de coca o brevetes", el libro conduce a pensar en un tiempo primigenio, donde se impone el imaginario de una primera imagen cosmogónica relativa que domina toda lógica, hechizándola: "Alrededor del ajayu bailan los ponientes / haciendo huir el agua sin su sombra. / Encienden su sangre atizada de fuegos / para alumbrar los abismos con sus truenos / y sus flecos de quebrantos" (p. 11). Indicios de un tiempo anterior donde se constituyen una poética de lo invisible, en una suerte de "filogeneratriz" (Camacho-Gingerich, 1985) del universo aymara. Dotado de células de un universo fenoménico de la forma y la conciencia que pueden devenir "del éter de la materia viva" (Churata, 1971, p. 127). Una época transitoria de llanuras iluminadas por el esplendor de lo posible (Gorostiza, 2020): "El tiempo nace de una eternidad que se / derrumba. Arrastra su propio sostenerse a / sí mismo. Sus pasos trascurren sin historia. / Y muere solo para reaparecer cuando la / vida se estremece" (p. 19).

La cartografía moral que estructura *Asuntos contra la fe pública* —subsiguiente sección — localiza en hitos lo árido humano. Colindando al hombre a un espacio subjetivo y objetivo de desolación para concienciar de lo creado y destruido. Delineando por sutileza existencial una "soledad cósmica" (Arguedas, 1963). Yermo espiritual que, en la poesía quechua, se presencia con sus impuestos de amenaza y miedo —siendo estos ingredientes donados en anterioridad por la invasión española—: "Es

probable que mañana no nos amen los ríos. Porque nuestro pincel de emociones ya no limpiará el paisaje. / ya no arrancaremos la mala yerba, ni soplaremos a los siete vientos para limpiar el aire contaminado" (p. 73). También, desde una retórica de la alteridad, el poeta se propone sobre el curso de lo pendiente, sublimar la distancia de lo animal y lo vegetal en una síntesis biogenética de la naturaleza: "Busco los ojos de una flor para que limpie el aire con la mirada de la lluvia, / con las lágrimas de la tierra, coloree de sonrisas todas las flores" (p. 79).

En última sección, *Alegatos para un juicio razonable*, el poema funciona como espacio de protesta, al borde de la polisemia, una posibilidad de acción social. Así sus actos de defensa pretenden la variación de la inequidad en reversión del total injusto. Una relación directa, con el liminar metafísico que se solventa desde el principio cinético de resistencia del cuerpo y sus significaciones, múltiples e indecibles: "Hasta que se volteé el Sol bailaremos. Hasta que el corazón se siga rompiendo sobre los dedos del pie y hayas cogido en tus manos mi corazón resplandeciente" (p. 139). Haciendo, en su expresión manifiesta, que el "alma colectiva" contraste las formas de sujeción social que establece el autoritarismo con sus conveniencias fácticas. Provechos políticos que abaten el habla y su significancia originaria: "Las lenguas no son como las hablamos. El quechua abraza y el aymara da dulzura. Conservamos la lengua, pero no el alma" (p. 143).

Por ese cauce axiológico, el poeta textualiza una indagación lírica que se eleva sobre un régimen normalizado. Pesquisando una identidad plural y rota, cuya fractura se ceba en la contradicción coral del sujeto cultural de imperativo oficial. Sin aplazar una síntesis ontogénica procura actualizar el conocimiento de la naturaleza moral del hombre anterior. Así, denuncia una no-representatividad social que recurre a ser extensiva de una no-representatividad espiritual. Razón que nos exhorta por esas cargas impuestas que nos distancian del mundo interior a una doctrina que nos sujeta y posterga. Una subalternidad

estructural que solo puede ser contradicha por un resonar ancestral que entona, en términos de resistencia y sentir, a esa entidad espejo que nos habita. Como una forma de alma infante en oposición al gravamen vetusto y tirano. Un "ajayu" perenne, como un niño primordial, aguardando significar las bondades que habitan en su corazón, para un conversar de mundos.

A cada paso, las vertientes que abre el libro están regada de brotes que interpelan, entre las hojas secas del discurso escrito, un clima vegetal de oralidad recíproca. Hermanando al hombre con plantas y animales. En efecto, para que tenga lugar esa vivacidad dialogante del habla, el "ajayu" del autor se dota de células de un fuego atávico para inflamar los modos de una identidad diferida en ese páramo de tensión cultural. Haciendo consonancia con un incendio donde se presencian las entidades de un linaje esencial heredado entre la favila de la crisis social y las sondas que redimen su autodeterminación ontológica. Así, desde una perspectiva amplia, el poeta en su cantar hace eco de una energía anterior que fecunda los sentidos del entorno, haciéndolos prosperar desde sus diversas morfologías.

Referencias

Arguedas, J. M. (1963). La soledad cósmica en la poesía quechua. *Casa de las Américas*, (15/16), 15-28.

Camacho-Gingerich, A. (1985). Los parámetros del sistema poético lezamiano. *Revista Iberoamericana*, (130/131), 47-72.

Churata, G. (1971). *Antología y valoración*. Instituto Puneño de Cultura.

Gorostiza, J. (2020). *Poesía*. Fondo de Cultura Económica.